



Cuando la canoa acercó la proa a la orilla, Juan estiró su mano y alcanzó un puñado de ramas de sauce en las que ató la cuerda de amarre. Con el bote asegurado, Saúl, su abuelo, se puso de pie con el hachita en una mano y en la otra una bolsa de arpillera. Los dos entraron al montecito de la Curupí en busca de unos troncos para alimentar el horno y el hogar del rancho familiar. Pronto encontraron un quebracho caído, cuya enramada era un verdadero regalo. Saúl alzó el hacha sobre su hombro y comenzó a trozar la madera con golpes firmes. Juan se debatía entre quedarse a un costado de su abuelo y observar para aprender y salir a dar unos pasos más allá y conocer el secreto mundo que siempre esconden los montes de las islas. Saúl aprovechó un momento para tomar aire y se dio cuenta de la ansiedad de su nieto. Con un gesto que solo ellos dos entendieron, Juan salió disparado, libre como un pajarito, y corrió hasta perderse detrás de unos talas.

Al llegar a la otra orilla, se detuvo. El olor a río, a flores, al verde de la vegetación, era para Juan el olor de la madre. Pero en ese momento sintió miedo y se quedó en silencio. El río Paraná, entre las islas Curupí y Puente, estaba seco. Un sendero de arena se abría paso entre los débiles cursos de agua en que se había deshilachado el Paraná. Sintió el impulso de dar un paso sobre ese suelo amarillo, el lecho. Antes de pensarlo ya estaba caminando en dirección a la otra isla. Cuando llegó, sintió la voz de su abuelo que había salido en su búsqueda y le hizo señales para que lo viera.

Los dos se quedaron mirando el paisaje de aquella otra isla. Era completamente distinto, más triste. Pequeñas columnas de humo se alzaban entre los pocos troncos que permanecían enhiestos. Gran parte del monte estaba reducido a cenizas entre las que todavía palpitaba alguna brasa, o chasqueaba una chispa que se perdía en el aire.



Juan miró a su abuelo.

-A esto lo hizo el hombre- dijo Saúl.
-¿Cómo sabés, Abuelo?- preguntó Juan.
-Porque al llegar a los árboles donde el monte es más tupido, el fuego se detuvo.

Juan no entendió esto que su abuelo contaba como una obviedad.

-Vamos a la canoa, de camino a casa te voy a contar una historia.

Dicen que hace años, muchos años, el fuego no existía y que en el mundo sólo se sabía de la luz y del calor por medio del sol. Todos los animales y las plantas de la tierra se arqueaban en dirección al este, cada mañana, para contemplar el amanecer. Y cada tarde, se interrumpía el acecho y la cacería porque todos los animales y todas las plantas se arqueaban sobre sí para contemplar al sol en su retirada. Luego de que el sol se iba, todo se quedaba quieto y la vida parecía entrar en un letargo que se terminaba con la llegada del nuevo día.

Esto fue así hasta que los primeros hombres le pidieron a los creadores que inventaran algo para perpetuar la luz incluso durante la noche. Los creadores dudaron de la buena fe de las personas, pero finalmente inventaron el fuego y les dijeron: este es el espíritu del fuego, podrán usarlo para estar iluminados durante la noche, para mantener sus hogares calientes y para cocinar sus alimentos. El fuego, además, se ocupará de limpiar los campos y los montes para que cada nueva temporada la naturaleza se renueve y renazca con más fuerza. Los animales y los árboles aceptaron felizmente este nuevo designio de los creadores. Las personas

también. Pronto las noches en las islas se iluminaron y la gente se reunía alrededor del fuego para encontrarse al final del día. Se inventaron las fiestas en las noches de verano, los bailes alrededor del fuego. Y en el invierno la gente se sentó junto al fuego para charlar y contar historias, ya que el fuego es un espíritu muy conversador.

Cada año tal como habían dicho los creadores, el fuego quemaba una porción de los montes y se retiraba a tiempo para que la vegetación volviera desde sus cenizas, con más fuertes y mejores hojas. Pero llegó el tiempo, muchos años después del invento del fuego, en que las personas se dieron cuenta de que podrían usar al fuego para limpiar espacios de monte y convertirlo en campo, para sus cultivos. O en terrenos para sus casas. La idea parecía realmente ingeniosa salvo por el detalle en el que nadie pensó: el equilibrio.

-¿Y qué es eso, abuelo?

El equilibrio es el orden en que todo está dispuesto para que todos podamos vivir en paz. Bueno, el fuego tenía ciclos que dependían del tiempo y que las personas ignoran. Un día un hombre encendió un fuego para quemar una hectárea y las llamas consumieron una isla entera. En otra parte, otro fuego encendido por las personas hizo desaparecer una selva completa. Pronto los incendios transformaron al monte en un campo donde sólo crecía lo que las personas sembraban. Los animales del monte, sus variadas plantas y árboles, todo empezó a ser expulsado porque las personas quemaban cada vez más terreno, para tener más campos y volverse más ricas.



Fue en ese momento en que los creadores se enteraron de lo sucedido por una bandada de garzas moras que emprendió el larguísimo viaje para llevarles la triste noticia. Ante lo sucedido los creadores decidieron dar vida a un nuevo espíritu que hasta el día de hoy vaga por los montes de las islas y es compañero cantor de las personas de buen corazón.

Juan sonrió al escuchar esta parte de la historia y sintió que podía adivinar de qué espíritu se trataba.

-¡Es el brasita de fuego, abuelo!

-Exacto, Juan... dicen que una tarde, mientras las personas empezaban un nuevo incendio para abrirse paso en la selva, vieron con sorpresa y temor que una brasa parecía sacudirse y despren-

der de sus costados dos extensiones como alas. Más allá otra brasa hacía lo mismo. Pronto era miles de pajaritos rojos que sobrevolaban entre las personas, sobre los árboles y a través de las llamas que desaparecían mágicamente al contacto de sus plumas coloradas.

Desde ese día el brasita de fuego es el guardián de los montes: se lo puede encontrar siempre atento, oculto entre las ramas de los talas y los espinillos. Su plumaje rojo es una advertencia que nos recuerda que el fuego es un regalo que debemos usar sabiamente.

FUNDACIONES

GRUPO·PETERSEN (G·P)

Fundación
Banco San Juan
20 años

Fundación
Banco Santa Fe

Fundación
Banco Entre Ríos

Fundación
Banco Santa Cruz